

Revelación © Del libro de cuentos "En Tiempo Imperfecto"

Gonzalo Fernandez



*Revelación*

# Capítulo 1

## Revelación

### (Del libro de cuentos: "En Tiempo Imperfecto")

Luisa no creía ni en el cielo ni en el infierno de la forma en que posiblemente lo imaginaban muchas personas, pero si confrontaba las probabilidades de existencia entre uno y el otro, definitivamente, se inclinaba por contemplar la verosimilitud de la segunda alternativa.

No imaginaba al infierno como una caverna de fuego con un señor bicornio cuidando la entrada, sino como un lugar muy conocido para ella. Si le preguntaran a Luisa dónde se encontraba el infierno, su respuesta inmediata sería que el infierno tenía dirección y número de teléfono. Daría su propia dirección en la ciudad de Santo Domingo con su número de celular. Allí estaba el infierno.

No tenía fluido eléctrico hacía muchas horas, el maldito teléfono celular estaba desconectado, y a su carro lo habían chocado, encima de haberlo tenido que recuperar de manos de un oficial corrupto de la policía que se había adueñado de él. Eso era el infierno. No había llegado a esta conclusión en uno de esos frecuentes momentos de arrebatos que padecía, donde la ira se adueñaba del control de sus sentidos y la razón se arrinconaba en un lugar inexplorable. Había llegado a esta conclusión tras muchos años de vivir hastiada.

Le dolía cada mañana rutinaria de lucha perenne contra el acoso de los demonios de la desidia generalizada y lo que ella identificaba como el desinterés en los detalles minúsculos que pesan en la existencia. Habían demasiadas cosas en la mezcla que conformaba su vida que la llevaban a la desesperación. La amargaba el vivir sola, sabiendo que nada ni nadie derramaba un segundo de espera o de vida para ofrecerle reposo o para pensar en ella. Inmersa en estas cavilaciones, de repente sonó el teléfono celular. El extraño fenómeno milagroso de resucitación espontánea del aparato diluyó un poco la amargura que le llenaba hasta los poros. Su semblante cambió, suavizándose aún más, al ver el nombre de quien le llamaba: Rafael. No respondió la llamada, pero segundos después escuchó atentamente el mensaje que había dejado grabado.

Aunque sería injusto decir que odiaba a los hombres, no menos cierto es que su actitud hacia ellos, en ocasiones había suscitado la pregunta entre sus amigas. En verdad, no sentía odio, aunque no negaba que había tratado a muchos con desdén y desprecio. Por muchos años había sentido la necesidad imperiosa de imponer su criterio, sin importarles la situación

ni quien estuviera frente a ella. Cada encuentro era un reto, una batalla de la que tenía que salir triunfante. Su comportamiento había dado origen a múltiples historias imaginarias, sobre un padre áspero, abusivo y una madre poco cariñosa. Algunas amigas le confiaron que ese rasgo de poca piedad estrangulaba sus relaciones. Otras especulaban que la rabia se originaba en algún otro tipo de trauma oculto en su niñez. No solía hablar de su niñez, de la que guardaba los detalles con recelo.

Lo cierto era que durante su juventud había usado sus encantos y su cuerpo como arma mortal para mortificar a los hombres y hacerlos sufrir los tormentos irremediables de los amores despreciados. Por alguna razón inexplicable sentía cierto placer al verlos heridos, suplicando sus favores, torciéndose entre lágrimas y poemas profundos de amores calamitosos y no correspondidos. Excepto con Rafael. Frente a él no sentía esas urgencias. Sostuvo por unos segundos el teléfono en sus manos, dudando si debía responderle. Decidió enviarle un mensaje de texto aceptando su invitación. Escribió que con gusto se encontraría con él, en el Café de la Zona Colonial en el cual solían darse cita, esa misma tarde.

Se detuvo a pensar por un momento en Rafael. ¡Cuán oportuna su llamada! No era la primera vez, en la que parecía encontrar el momento perfecto para llamarla. De alguna manera lograba endulzarle la tarde, en un día que amenazaba con tornarse en un cúmulo de acritudes. Había arribado a la conclusión de que la relación entre los dos poseía un rasgo elusivo que la diferenciaba de las demás. Por alguna razón, que escapaba a su comprensión en aquel momento, nunca lo había considerado como un pretendiente. Simplemente estaba acostumbrada a su cercanía. Así como nos acostumbramos a la presencia de objetos que nos brindan confort, como un paraguas para resguardarnos de la lluvia, un abrigo que usamos para el frío o una escoba que nos libra de estorbos. Ellos pueden siempre estar cerca, disponibles, útiles, no por esto le dispensamos algún tipo de afecto en particular. Quizás, pensó, debo verlo de otra manera. Pero se echó a reír sola, en el instante en que se sorprendió a sí misma considerando una perspectiva diferente. He sobrepasado los cuarenta y cinco años. Mis senos no son ni sombra de lo que fueron antes. Seguían siendo algo pequeños, pero ahora parecían vencidos y se descolgaban desvergonzadamente sobre el pliegue de su vestido. Antes de proseguir pasando revista al resto de su cuerpo, al estado de sus piernas o la engrosada talla de su cintura, se detuvo. Soy una estúpida, se dijo en voz baja, y procedió a cargar las vasijas de agua que había almacenado para darse un baño.

Cuando Luisa llegó al Café, él ya la esperaba. Siempre era puntual, al menos cuando se trataba de ella. Se encontraba sentado junto a una mesa situada frente al Café, cubierta por una sombrilla gigantesca. Le gustaba disfrutar del aire libre y la brisa, en lugar del aire acondicionado

que refrescaba el interior del local.

Como en otras ocasiones, después de saludarse, habían iniciado una conversación amena, comentando sobre los últimos libros que habían leído, la última película que habían visto, y las múltiples cosas menos importantes que colorean los días. Así, como en otras ocasiones, la amargura de Luisa empezó a disiparse, como agua que se escurre entre las grietas, hasta no dejar huella.

Por un momento, mientras Luisa tomaba un sorbo de café, y aspiraba el aroma ácido que emanaba de la taza, alzó los ojos hasta encontrarse con las pupilas de Rafael. Vio su propia imagen, pero también notó cómo su mirada paseaba plácida y discretamente sobre su pecho, disfrutando cada centímetro de distancia entre sus senos. En sus ojos pudo descifrar la mirada de asombro casi infantil, y la reverencia de quien cree presenciar lo divino. Notó además algo que no había percibido con anterioridad. Descubrió que sus ojos encerraban ansias de barco perdido, y cómo en su mirada viajaba una dulce ternura que abrazaba todo su cuerpo en un segundo de eternidad, acariciándola y poblando su alma de serenidad.

Una fina llovizna empezó a caer, repentinamente, golpeando la superficie de la sombrilla que los cubría, produciendo un sonido apagado al tocar la superficie. Luisa le devolvió la sonrisa, y por un corto espacio de tiempo, que le pareció largo a la vez, sintió la duda quebrando las fuerzas que amurallaban su incredulidad, y se preguntó, casi en lágrimas, si acaso era posible que, en un momento tan cotidiano, había despertado de un sopor, para descubrir lo que parecía un espejismo. Ahora lo veía, tan cercano, diáfano y sublime... las orillas del cielo.